



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 9 ISSUE 11

1 DE NOVIEMBRE DE 2,017

PROCURA CON DILIGENCIA PRESENTARTE A DIOS APROBADO, COMO OBRERO QUE NO TIENE DE QUÉ AVERGONZARSE, QUE USA BIEN LA PALABRA DE VERDAD. 2 TIMOTEO 2:15



**Dr. Eddie Ildfonso**

*West Los Angeles Living Word Christian Center  
Los Angeles, California*

*Professor, Covington Theological Seminary  
Executive Vice President and Dean of  
Covington Theological International Studies*

## Todo por Gracia

### *El arrepentimiento debe acompañar al perdón*

Es claro por el texto que hemos estado citando últimamente, que el arrepentimiento está ligado al perdón de los pecados. En [Hechos 5:31 LBLA](#) leemos que Jesús es “A éste Dios exaltó a su diestra como Príncipe y Salvador, para dar arrepentimiento a Israel, y perdón de pecados”.

Estas dos bendiciones vienen de esa sagrada mano que una vez fue clavada al madero, pero ahora está alzada en gloria. El arrepentimiento y el perdón están remachados juntos por el eterno propósito de Dios. Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

### El arrepentimiento ha de ir con la remisión

*El arrepentimiento ha de ir con la remisión*, y verás que es así, si piensas un poco sobre el asunto. *No puede ser que el perdón del pecado sea otorgado a un pecador impenitente*; esto lo confirmaría en sus malos caminos, y le enseñaría a minimizar el mal. Si el Señor dijera: “**tú amas el pecado, y vives en él, y vas de mal en peor, pero, no importa, Yo te perdono**”, esto sería proclamar una horrible licencia para la iniquidad. Los cimientos del orden social serían arrancados, y se daría una anarquía moral. Yo no podría decir cuántos innumerables males ocurrirían con toda certeza si pudieran separar el arrepentimiento del perdón, y pasar por alto el pecado mientras el pecador permaneciera tan encariñado con él como siempre.

En la propia naturaleza de las cosas, si creemos en la *santidad de Dios*, debe ser que, si continuamos en nuestro pecado, y no nos arrepentimos, no podemos ser perdonados, sino que cosecharemos las consecuencias de nuestra obstinación. De conformidad a la infinita bondad de Dios, se nos promete que, si abandonamos nuestros pecados, confesándolos, y, si por fe aceptamos la gracia que es provista en Cristo Jesús, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

Pero en tanto que Dios viva, no puede haber ninguna promesa de misericordia para aquellos que continúan en sus caminos perversos y se niegan a reconocer sus transgresiones. En verdad ningún rebelde puede esperar que el Rey perdone su traición, mientras permanezca en abierta re-

beldía. Nadie puede ser tan insensato como para imaginar que el Juez de toda la tierra quitará nuestros pecados, aunque rehusemos repudiarlos nosotros mismos.

## La integridad de la divina misericordia

Además, ha de ser así por *la integridad de la divina misericordia*. Esa misericordia que pudiera perdonar el pecado y, sin embargo, permitiera que el pecador viviera en él, sería superficial e insuficiente. Sería una misericordia deformada y desigual, coja de uno de sus pies, y seca en cuanto a una de sus manos.

¿Cuál pensarías tú que es el mayor privilegio: la limpieza de la culpa del pecado o la liberación del poder del pecado? No voy a intentar pesar en la balanza dos misericordias tan sobresalientes. Ninguna de las dos habría podido venir a nosotros aparte de la preciosa sangre de Jesús. Pero me parece que ser liberado del dominio del pecado, ser hecho santo, ser hecho semejante a Dios, ha de ser reconocido como la mayor de las dos, si se ha de establecer una comparación.

Ser perdonado es un inmensurable favor. Lo convertimos en una de las primeras notas de nuestro Salmo de alabanza: **“Él es quien perdona todas tus iniquidades”**. Pero si pudiéramos ser perdonados, y luego se nos permitiera amar el pecado, gozar de deleites inicuos y revolcarnos en la lascivia, ¿de qué nos serviría tal perdón? ¿Acaso no resultaría ser una golosina envenenada que podría destruirnos muy eficazmente?

Ser lavado, y, sin embargo, permanecer en el cieno, ser pronunciado limpio, y, sin embargo, mostrar la mancha blanca de la lepra en el rostro, sería el peor remedo de misericordia. ¿De qué serviría sacar al hombre fuera de su sepulcro, si lo dejas muerto? ¿Para qué llevarlo a la luz si todavía está ciego?

Nosotros damos gracias a Dios porque quien perdona nuestras iniquidades, también sana nuestras enfermedades. Quien nos lava de las manchas del pasado, también nos levanta de los perversos caminos del presente, y nos guarda de caer en el futuro. Debemos aceptar gozosamente tanto el arrepentimiento como la remisión; no pueden ser separados. La herencia del pacto es una e indivisible, y no ha de ser dividida. Dividir la obra de la gracia sería partir el niño vivo en dos mitades, y quienes permitieran esto no tienen interés en él.

Te preguntaré a ti, que estás buscando al Señor:

¿estarías satisfecho con una sola de estas misericordias? ¿Estarías contento, querido lector, si Dios te perdonara tu pecado, y luego te permitiera ser tan mundano y tan perverso como antes? ¡Oh, no! El espíritu vivificado es más temeroso del pecado mismo que de sus resultados penales. El clamor de tu corazón no es: “¿Quién me libraré del castigo?”, sino, “¡Miserable de mí!, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¿Quién me habilitará para vivir sobre la tentación, y para ser santo como Dios es santo?”

Puesto que la unidad del arrepentimiento con la remisión concuerda con el deseo de la gracia, y puesto que es necesaria para la integridad de la salvación y para la santidad, ten la seguridad que la unión ha de permanecer.

## La experiencia de todos los creyentes

El arrepentimiento y el perdón son juntos *en la experiencia de todos los creyentes*. Jamás hubo una persona que se hubiere arrepentido genuinamente del pecado con un arrepentimiento de fe, que no haya sido perdonado; por otro lado, nunca hubo una persona perdonada que no se hubiera arrepentido de su pecado. No dudo en afirmar que debajo de la cubierta del cielo nunca hubo, no hay, y no habrá nunca caso alguno de pecado lavado, a menos que, al mismo tiempo, el corazón hubiere sido conducido al arrepentimiento y a la fe en Cristo. El odio al pecado y un sentido de perdón entran juntos y permanecen juntos en el alma mientras vivamos.

*Estas dos cosas actúan y reaccionan la una sobre la otra:* el hombre que es perdonado se arrepiente; y el hombre que se arrepiente es también perdonado con toda certeza. Recuerda primero que el perdón conduce al arrepentimiento.

Cantamos con palabras de Hart:  
“La ley y los terrores sólo endurecen,  
Todo el tiempo que operan solos;  
Pero un sentido del perdón comprado con sangre  
Pronto disuelve un corazón de piedra”.

Cuando estamos seguros de que hemos sido perdonados, entonces aborrecemos la iniquidad; y yo supongo que cuando la fe crece hasta la plena seguridad, de tal forma que estamos seguros más allá de toda duda, de que la sangre de Jesús nos ha lavado y dejado más blancos que la nieve, es entonces que el arrepentimiento alcanza su mayor altura.

El arrepentimiento crece conforme crece la fe. No te equivoques al respecto; ¡el arrepentimiento no es cosa de días y semanas, de una penitencia temporal

que ha de terminar tan rápido como sea posible! No; es la gracia de toda una vida, como la fe misma. Los hijitos de Dios se arrepienten, y también lo hacen los jóvenes y los padres.

El arrepentimiento es el inseparable compañero de la fe. Todo el tiempo que andamos por fe y no por vista, la lágrima del arrepentimiento brilla en el ojo de la fe. El arrepentimiento que no viene de la fe en Jesús no es verdadero arrepentimiento, y la fe que no está teñida con arrepentimiento, no es verdadera fe en Jesús. La fe y el arrepentimiento, como gemelos siameses, están vitalmente juntos.

En la proporción en la que creemos en el amor perdonador de Cristo, en esa proporción nos arrepentimos; y en la proporción en la que nos arrepentimos del pecado y odiamos el mal, nos regocijamos en la plenitud de la absolución que Jesús se digna conceder. No valorarás nunca el perdón a menos que sientas arrepentimiento; y nunca probarás el trago más profundo del arrepentimiento mientras no sepas que eres perdonado. Podría parecer algo extraño, pero así es: la amargura del arrepentimiento y la dulzura del perdón se mezclan en el sabor de toda vida de gracia, y constituyen una felicidad incomparable.

Estos dos dones del pacto conforman una **seguridad mutua**, uno del otro. Si yo sé que me arrepiento, yo sé que soy perdonado. ¿Cómo he de saber que soy perdonado sino sabiendo también que he retornado de mi antigua ruta pecaminosa? Ser un creyente es ser un penitente. La fe y el arrepentimiento no son sino dos rayos de la misma rueda, dos brazos del mismo arado. El arrepentimiento ha sido muy bien descrito como un corazón quebrantado *por* el pecado, y separado *del* pecado; e igualmente se podría decir de él muy bien que es un retorno y un regreso. Es un cambio de mente de un tipo sumamente radical y completo, y va acompañado de la aflicción por el pasado y de la resolución de enmienda en el futuro.

**“El arrepentimiento consiste en abandonar Los pecados que amábamos antes; Y mostrar que, en verdad, nos afligimos, No amándolos más.”**

Ahora, siendo ese el caso, podemos tener la certeza de que somos perdonados, pues el Señor nunca quebrantó un corazón por el pecado y separó del pecado, sin perdonarlo. Si, por otro lado, disfrutamos del perdón por medio de la sangre de Jesús, y somos justificados por fe, y tenemos paz con Dios por me-

dio de Jesucristo nuestro Señor, sabemos que nuestro arrepentimiento y fe son legítimos.

No consideres tu arrepentimiento como la causa de tu remisión, sino como su compañero. No esperes ser capaz de arrepentirte hasta que veas la gracia de nuestro Señor Jesús, y Su disposición a borrar tu pecado. Mantén cada una de estas cosas en su lugar y contémpalas en su relación mutua. Ellas son las columnas Jaquín y Boaz de la experiencia salvadora; quiero decir que son comparables a los dos grandes pilares que estaban al frente de la casa del Señor, formando una entrada majestuosa a ese lugar santo.

Nadie viene a Dios rectamente a menos que pase entre los pilares del arrepentimiento y la remisión. El arco iris de la gracia del pacto ha sido desplegado en toda su belleza sobre tu corazón, cuando las lágrimas del arrepentimiento han sido iluminadas por la luz del pleno perdón. El arrepentimiento del pecado y la fe en el perdón divino son el hilo y la textura del tejido de la conversión real. Por estas señales conoces a ‘un verdadero israelita’.

Pero regresemos al texto de la Escritura sobre el que estamos meditando; tanto el perdón como el arrepentimiento **brotan de la misma fuente**, y son otorgados por el mismo Salvador. El Señor Jesús en Su gloria concede ambos a las mismas personas. No podrías encontrar la remisión ni el arrepentimiento en ninguna otra parte. Jesús los tiene disponibles y está preparado para concederlos ahora, y concederlos muy libremente a todos los que los acepten de Sus manos.

No debemos olvidar que Jesús proporciona todo lo que es necesario para nuestra salvación. Es sumamente importante que todos los que buscan la misericordia recuerden esto. La fe es tanto el don de Dios como lo es el Salvador sobre quien descansa esa fe. El arrepentimiento del pecado es tan verdaderamente la obra de la gracia como lo es el ofrecimiento de una expiación por medio de la cual el pecado es borrado. La salvación, de principio a fin, es solamente por gracia. No me han de malinterpretar.

No es el Espíritu Santo quien se arrepiente. Él no ha hecho nunca nada de lo que deba arrepentirse. Si pudiera arrepentirse, no resolvería el caso; nosotros mismos debemos arrepentirnos de nuestro propio pecado, o no seríamos salvos de su poder. No es el Señor Jesucristo quien se arrepiente. ¿De qué habría de arrepentirse?

Nosotros mismos nos arrepentimos con el pleno consentimiento de cada facultad de nuestra mente. La voluntad, los afectos, las emociones, todos trabajan

conjuntamente de todo corazón en el bendito acto de arrepentimiento por el pecado; y, sin embargo, detrás de todo lo que es nuestro acto personal, hay una santa influencia secreta que derrite el corazón, proporciona contrición y produce un cambio completo.

El Espíritu de Dios nos ilumina para ver qué es el pecado, y así lo hace repulsivo a nuestros ojos. El Espíritu de Dios también nos vuelve hacia la santidad, nos hace apreciarla de corazón, amarla y desearla, y así nos da el ímpetu por el cual somos conducidos progresivamente de una etapa a otra de santificación.

El Espíritu de Dios produce en nosotros así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Debemos someternos a ese buen Espíritu de inmediato, para que nos conduzca a Jesús, quien nos dará libremente la doble bendición del arrepentimiento y la remisión, según las riquezas de Su gracia. **“POR GRACIA SOIS SALVOS.”**

## **CORAM DEO** **(Ante la cara de Dios)**

# **La seguridad de nuestra conversión**

### 1 Juan 5:10-15

#### **1 Juan 5:10-15 (LBLA)**

<sup>10</sup> El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, ha hecho a Dios mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado respecto a su Hijo.

<sup>11</sup> Y el testimonio es éste: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo.

<sup>12</sup> El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.

<sup>13</sup> Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.

<sup>14</sup> Y esta es la confianza que tenemos delante de Él, que si pedimos cualquier cosa conforme a su voluntad, Él nos oye.

<sup>15</sup> Y si sabemos que Él nos oye *en* cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hemos hecho.

Dios nos dio la Biblia para que podamos conocerle y vivir agradándole. El Señor desea que entendamos sus enseñanzas, y sepamos aplicarlas a nuestra vida. Sencillamente, Dios quiere que tengamos

confianza plena en Él.

Pero tenemos un enemigo que trata de debilitar esa confianza en todo momento. Todos hemos pasado por eso —nos sentíamos gozosos y seguros de nuestra salvación y, de repente ¡bum! Pecamos, y nuestros sentimientos nos controlan. El diablo utiliza nuestro remordimiento y nuestros sentimientos para hacer mella en nuestra confianza. Pensamos: **“no es posible que yo sea salvo. Si realmente lo fuera, nunca habría hecho tal cosa”**. Abrumados por sentimientos de remordimiento y vergüenza, nos damos cuenta de que nuestra fe está bajo ataque.

Es increíble cuán efectivos pueden ser nuestros fugaces sentimientos para debilitar nuestra seguridad en cuanto a las promesas de Dios. Pero eso no debe sorprendernos. Después de todo, hemos sido condicionados con la idea incorrecta de que “debemos hacer lo que nos haga sentir bien”.

Pero el Señor no habla mediante los sentimientos; Él habla mediante la verdad. Cada vez que nuestras emociones contradigan la Palabra de Dios, debemos buscar en la Biblia la verdad. Para un creyente, **“sentirse salvo”** es tan irrelevante como lo es para un esposo o una esposa **“sentirse casado(a)”**. O lo está, o no lo está; los sentimientos no determinan esa realidad.

¿Le han robado sus sentimientos de remordimiento la confianza en la salvación eterna de Dios? Póngalos delante del Señor hoy, y acepte la seguridad que únicamente se encuentra mediante su verdad.

## **CORAM DEO (Ante la cara de Dios)**

**Para pensar:**


**No somos suficientes en nosotros mismos para equiparnos a nosotros mismos con el conjunto de cosas necesarias para la vida que nuestra naturaleza desea, una vida adecuada para la dignidad del hombre; por tanto, para suplir esos defectos e imperfecciones que viven en nosotros, somos inducidos naturalmente a buscar comunión y compañerismo con otros.**

**RICHARD HOOKER**

**Covington**  
 Dr. Steve Sullivan, President  
**Theological Seminary**  
*Conservative in Theology : Liberal in Love and Service*

Quality education through home study for those who cannot attend a campus setting.

Associate, Bachelor, Master and Doctorate Degrees offered



Areas of study Available:

- Theology
- Bible
- Pastoral
- Christian Education
- Counseling
- Music
- Ethnic Studies

Accredited by ACI

**Training Leaders  
 Impacting Eternity**

For more information contact us today: P.O. box 176, Rossville, GA, 30741  
 Located at 1168 Cross St, Fort Oglethorpe, GA, 30742  
 Ph: 706-866-5626 Fax 706-861-3550 Email: registrar@covingtonseminary.org  
 To request a catalogue give us a call or email: info@covingtonseminary.org

## International Extension Schools

- The North Andros Bible Institute
- Barbados, Bahamas
- Covington Theological Seminary of Brazil
- Rio de Janeiro, Brazil
- Covington Theological Seminary of Chile
- Talagante Santiago, Chile
- The Ghana Baptist Institute & Bible College
- Accra, Ghana
- Covington Theological Seminary of Honduras
- Tegucigalpa, Honduras
- Covington Theological Seminary of New Delhi
- New Delhi, India
- Covington Theological Seminary of Gudiwada
- Krishna-Andhrapradesh, India
- Covington Theological Seminary of Indonesia
- Papua, Indonesia
- Blue Mountain Baptist Bible College
- Ogbomosho, Oyo State, Nigeria
- Covington Theological Seminary of Pakistan
- Lahore, Pakistan
- Covington Theological Seminary of the Philippines
- Bohol, Philippines
- Covington Theological Seminary of Perú
- Cusco, Perú
- Covington Theological Seminary of Romania
- Susani, Romania
- Covington Theological Seminary of South Africa
- Johannesburg, South Africa
- Covington Theological Seminary of Swaziland
- Mbabane, Swaziland
- Covington Theological Seminary of Zimbabwe
- Bulawayo, Zimbabwe

*West Los Angeles  
 Living Word Christian Center*



6520 Arizona Avenue  
 Los Angeles, CA 90045 USA  
 (310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: [admin@wlalwcc.org](mailto:admin@wlalwcc.org)  
 Web Site: [www.wlalwcc.org](http://www.wlalwcc.org)